

QUINTO SERMON.

Jesucristo en su vida pública, Maestro de la humanidad.

Unus est magister vester, Christus.
(Matth. XXIII, 8.)

EL Hijo de Dios, que tomó nuestra naturaleza para restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra, quiso dar principio á su grande obra, presentándose como modelo del hombre en todos los estados de la vida. La razón es clara, Señores. El hombre había sido criado á imagen de Dios: debía, pues, ser reformado á imagen del mismo Dios; y porque el pecado le había hecho perder de vista á su divino original, quiso este hacerse visible (1) y ponerse delante, para que viéndole en la naturaleza humana que había tomado, pudiera elevarse al conocimiento de la divina, que en ella se ocultaba (2).

(1) Suscepit hominem quem videre homines poterant, ut sancti per fidem postea viderent, quod tunc videre non poterant. (S. Aug., *de Gratia nov. Test.*, cap. 3.)

(2) Factum est Verbum caro, quam videre possemus, ut sanaretur in nobis unde Verbum videremus. (Id. *in Epist. I Joann.*, cap. 1, tract. 1.)

El hombre se había acostumbrado á no fijarse sino en lo que afecta á los sentidos, y por ello el Verbo en su misericordia se le acerca tanto, que conversa con él, se hace como uno de nosotros, y da lugar á que el discípulo amado escriba en su primera carta: Os anunciamos al Verbo de vida, que fué desde el principio, que oímos, que vimos con nuestros ojos, que miramos de cerca y palpamos nuestras manos. Os anunciamos esta vida eterna que era en el Padre, y nos apareció á nosotros. Os anunciamos lo que vimos y oímos, para que tengais también sociedad con nosotros, y nuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1).

Restablecer esta sociedad con el Padre, era la misión del restaurador universal, y los hombres llamados á ella pudieron decirle como el Apóstol Felipe: Señor, muéstranos al Padre; demanda que contesta Jesucristo, diciendo: ¿Tanto tiempo que estoy con vosotros, y todavía no me conocéis? Quien me ve á mí, ve á mi Padre, porque yo estoy en él, y él en mí (2): el Padre y yo somos una misma cosa (3). Nadie viene al Padre sino por mí, que soy el camino, la verdad y la vida (4).

El Verbo venia, en fin, á enseñar al hombre una doctrina que exige la abnegación y el sacrificio, y era convenientísimo que al promulgarla se ofreciese á sí mismo como ejemplar práctico de lo que enseñaba, para poder decirle: Aprended de mí (5), os he dado ejemplo para que hagais lo que yo he hecho (6); venid en se-

(1) I Joann. I, 1, 3.

(2) Id. XIV, 8, 9, 10.

(3) Id. X, 30.

(4) Id. XIV, 6.

(5) Matth. XI, 29.

(6) Joann. XIII, 15.

guimiento mio, renunciándoos á vosotros mismos (1), y estareis donde yo estoy (2). Por ello dice San Lúcas: Jesus empezó á obrar y á enseñar (3). Fué el modelo y el maestro. Treinta años consagró á lo primero, y poco mas de tres reservó para lo segundo, porque su predicacion no habia de ser sino la enseñanza que se desprende de sus ejemplos, reducida á un cuerpo de doctrina. Nosotros le contemplamos ayer en su vida privada como modelo del género humano; considerémosle hoy en su vida pública como maestro, y único maestro de la humanidad.

PRIMERA PARTE.

Recordemos, Señores, las primeras palabras del Evangelio de San Juan: En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios. Todo fué hecho por él. En él mismo estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres..... Era la luz verdadera, que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo. En el mundo estaba, y el mundo no le conoció. Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria como de unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (4).

Criatura del Verbo es el hombre hecho á semejanza de Dios; y dotado en su alma de la vida, la inteligencia y el amor, aparece en la tierra como imagen de la Trinidad divina. El Verbo de Dios, en quien está la vida, y

(1) Matth. XVI, 24.

(2) Joann. XII, 26.

(3) Act. Ap. I, 1.

(4) Joann. 1.

que es la Sabiduría increada, la razon superior y la luz universal de los séres inteligentes (1), reflejó en el principio sus resplandores en la inteligencia del hombre, elevándole á una sabiduría excelentísima por el convencimiento de la verdad (2), que es el objeto de la inteligencia, puesto que esta es la facultad de conocer, y conocer es ver lo que es, es poseer la verdad. Feliz Adán si no hubiese apartado los ojos de esa luz verdadera, que brilla eternamente para iluminar á todos los hombres que vienen á este mundo: pero desvanecido por el orgullo que supo infiltrarle el espíritu tentador, quiso sustituir á esta emanacion de la ciencia divina, que penetrándole le hacia brillar como un cristal herido por los rayos del sol, otra ciencia que le fuese propia y le diese á manera de un verbo independiente de aquel por quien todo fué hecho. Quiso una ciencia adquirida mediante su rebelion contra Dios, y como resultado de darse á sí mismo una satisfaccion, usando de lo que Dios le habia prohibido, en señal de su dependencia del Criador. El insensato deseo de una ciencia que, sin venir de Dios, le hiciese como Dios, precipitó al hombre en el pecado, que le envolvió desde luego en las tinieblas de la ignorancia y del error.

Se abrirán vuestros ojos, le dijo el tentador, y sereis como Dioses que saben el bien y el mal (3). Con esta promesa lisonjera, la curiosidad se escita. ¿Será verdad lo que se me anuncia? Dice en su interior, y aspirando á la ciencia prometida, se resuelve á hacer la experiencia

(1) Rationales mentes, in quo genere homo factus est ad imaginem Dei, non habent veram lucem suam nisi ipsum Verbum Dei, per quod facta sunt omnia. (S. August., *de Gen. ad litt.*, lib. 5, cap. 10.)

(2) Eccli. XVII, 6.

(3) Gen. III, 5.